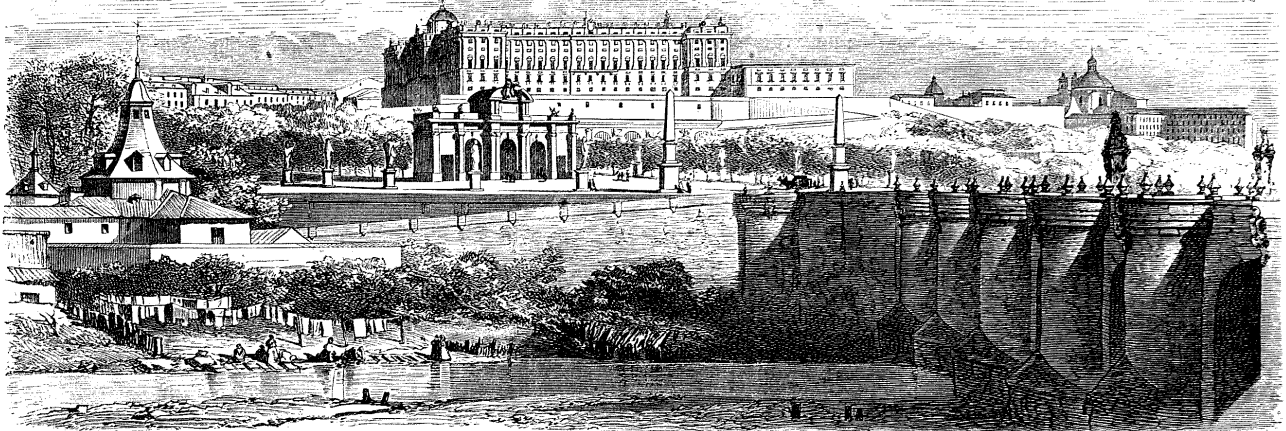


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 27 DE SETIEMBRE DE 1870.

NÚM. 18.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. J. Efebé.—Carta de Strauss á Renan.—Revista monumental y arqueológica (conclusion), por D. José Amador de los Ríos.—En el cuerpo de un amigo, novela diabólica (continuación), por D. José Fernández Bremon.—Carabina Nuñez de Castro, por D. B. R.—Observaciones sobre la obra del general Trochu titulada «El ejército francés en 1867.»—A una golondrina (poesía), por D. E. Sánchez de Fuentes.—Marruecos. Artículo V, por D. Antonio de San Martín.—Medalla conmemorativa del convenio de Vergara, por G.—Teatro, por D. A. Sánchez Pérez.—El «Lilian», vapor de guerra de la marina española.—Cantina de un batallón de Voluntarios de la Habana, por L.—Campaña franco-prusiana, por D. Eduardo de Mariátegui.

GRABADOS.—Mr. Thiers, dibujo de D. Alfredo Perea.—Mr. Picard, ministro de Hacienda de la república francesa, dibujo del mismo.—Depósito de los efectos regalados para los hospitales de sangre del ejército alemán, dibujo del mismo.—Monsieur Julio Favre, ministro de Negocios extranjeros de la república francesa, dibujo del mismo.—Enterramiento de los cadáveres alemanes despues de la batalla de Sedan, dibujo de D. Francisco Pradilla.—El «Lilian», vapor de guerra de la marina española, dibujo de D. José Romero y Gueveiro.—Carabina Nuñez de Castro, dibujo de D. Antonio Nuñez de Castro.—Guerra de Francia y Prusia. Aspecto del Mosela despues de la batalla del 30, dibujo de D. Francisco Pradilla.—Grabados pertenecientes á la Revista monumental y arqueológica.—Medalla conmemorativa del convenio de Vergara, dibujo de D. Eduardo Fernández Pescador.—Cantina de un batallón de Voluntarios de la Habana, dibujo de D. Alfredo Perea.

ECOS.

—¡Profanacion! ¡Profanacion! gritó un poeta; y aquella terrible palabra rueda aún de boca en boca y de periódico en periódico.

—¡Han entrado los hulanos en la catedral de Strasburgo?

—Todavía no.

—¿Se trata del asalto de Roma?

—El caso es aún más grave.

—Explíquese Vd.

—¿No leyó Vd. la alocucion de Víctor Hugo á los alemanes? Pues bien, el sacrilegio se consuma: París está cercado, los obuses prusianos abren la

boca ante los fuertes de la ciudad santa y el ejército sitiador abre anchos fosos, como disponiéndose á enterrar el gran cadáver.

—¡Profanacion! ¡Profanacion! En el siglo XIX nada se respeta.

Mientras los prusianos se contentaban con incendiar aldeas, destruir cosechas, arrasar bosques, fusilar cam-

pesinos y empujar ante sus ejércitos á los arruinados habitantes de las fronteras, el rey Guillermo estaba en su derecho.

Pero desde que decidió hacer un viaje á París acompañado de su ejército, el rey Guillermo comete un atentado.

—¡A Berlín! ¡A Berlín! gritaban los parisienses como hombres, cuando creían que la guerra iba á ser un juego.

Y ahora que la cosa va de veras gritan los parisienses como niños: «¡Que no vale!» «¡Que no vale!»

París, la población que llevó la guerra á todos los pueblos de Europa, la que dictó órdenes para invadir todas las capitales, se declara á sí misma sagrada é inviolable.

Francia, que desmembró el territorio de las grandes potencias y deshizo los pueblos débiles en provecho de los fuertes, hoy, vencida, pide que se respete la integridad de su territorio.

Si la guerra es un albur, los franceses quieren ser jugadores de ventaja.

Militar y políticamente la causa de París está juzgada; pero en el órden moral es ya distinto: la existencia de París es fatalmente necesaria; sin París no hay sociedad posible, ni adelantos, ni felicidad, ni figurines en los periódicos de modas, ni caricaturas, ni novelas científicas, ni óperas bufas, ni objetos de tocador, ni arte de cocina.

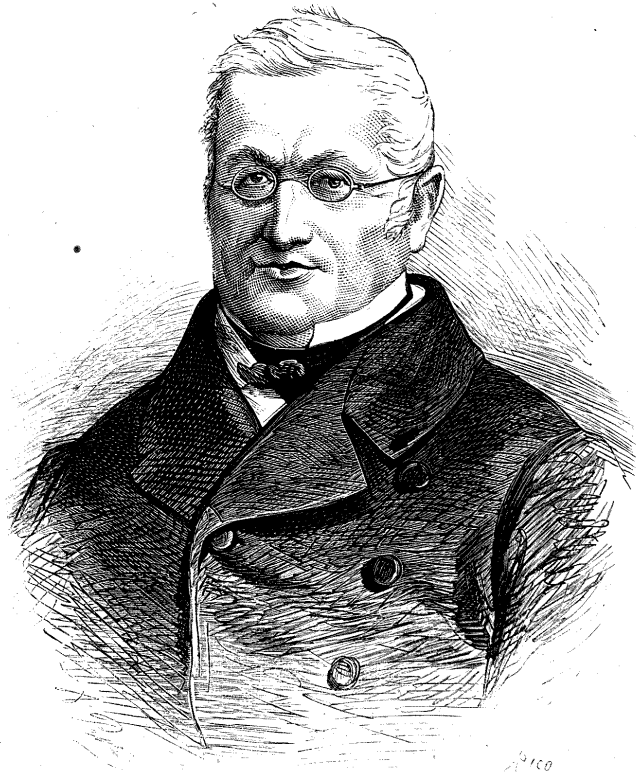
Mabille es la Meca de las cortesanas europeas y la universidad libre de los hijos de familia. ¡Qué horror si una bomba derribase el santuario!

París, batuta en mano, dirige el concierto europeo: ¿por qué razon le quitan la batuta?

La capital del mundo tiene derecho á que los pueblos doblen la rodilla ante el prusiano, pidiéndole la conservación de la Sibarís moderna.

¡Sí; tiene derecho.

Ninguna capital tan hospitalaria para los caudales que se refugian en su seno, ó para las ideas disolventes



MR. THIERS.